CARTA
DE EDIFICACION,

En que el P. JUAN ANTONIO BALTHASAR, de la Compañia de JESUS, Rector del Colegio de San Gregorio de esta Ciudad de Mexico,

DA NOTICIA

A todos los Superiores de las Casas, y Colegios de esta Provincia de Nueva España,

DE LA FERVOROSA VIDA, Y APOSTOLICOS MINISTERIOS DEL

PADRE JUAN GUMERSBAC,

Professo de quarto voto de la Compañia de JESUS.

SACALA AL PUBLICO

El mismo Colegio de San Gregorio para exemplar de aquellos Sugetos, que quisieren emplearse en el ministerio tan Santo como penoso de la administracion de los Indios.

IMPRESSA CON LICENCIA DE LOS SUPERIORES:
En Mexico por JOSEPH BERNARDO DE HOGAL.
Año de 1737.

EL dia treinta de Marzo proximo paſſado, entre tres, y quatro de la mañana, fue Dios N. S. ſervido de llevarſe para sì, como de ſu miſericordia eſperamos, al P. Juan Gumersbàc, de quarenta, y cinco años, quatro meſes, y diez, y ocho dias de edad, veinte, y tres años, diez meſes, y veinte, y ſeis dias de Compañia, y yà profeſſo en ella de quarto voto.

Nació el P. Juan en la populoſa Ciudad de Colonia, con la recomendacion, que traè con ſigo la nobleza, y el empeño â que alienta la virtud de unos fervoroſos Padres: pues fue hijo de un Cavallero, â quien eſtas prendas conſtituyeron Senador de aquella grave Republica, y una Matrona, que por ellas ſe dexaba no ſolo reſpectar; ſino aun venerar de las mas piadoſas Señoras, que la conocian. Poco, ô nada trabajaron los Padres del Niño en inclinarlo à los exercicios de devocion: porque como ſe criaba con la leche del buen exemplo, ſe le fue haciendo connatural la virtud, en que ya ſe ſeñalaba en aquellos tiernos años entre otros tres hermanos, que por ſu religioſa vida merecieron vivir, y dos de ellos morir ya en la Compañia. A eſta ſe inclinò con vehementes deſſeos de ſer recibido en ella nueſtro Juan, luego que pudo con la luz de la razon entre lo bueno, y lo malo dar Criſis de lo mejor, y poniendo por obra ſus ſantos deſignios, encaminò ſus pretenſiones con el P. Provincial de aquella Santa Provincia, quien con eſpecialiſſima complacencia le recibiò, y embiò â paſſar ſu probacion al Noviciado de Treveris. Aſſi que ſe vido en èl, ſe

 hizo

hizo cargo nueſtro Novicio, de que aviendo corrido en el ſiglo ſin tropiezo el camino de los divinos Mandamientos, le era ya forzoſo andar con acertados paſſos de Gigante por la eſtrecha ſenda de la Religion, y poniendo en medio de ſu piadoſo corazon las ſuaves leyes, que nueſtro inſtituto preſcribe à ſus Novicios, ſe dio à la entera obſervancia, y exacto cumplimiento de todas ellas; porque en el exterior del Hermano Juan ſe dexaba ver luego la modeſtia, humildad, y madureza Religioſa, con no poca admiracion, y edificacion de todos los que lo reparaban, trayendo comunmente bajos los ojos, alegre modeſtamente el ſemblante, ſiempre para el ſilencio cerrados los labios, moſtraba en todo por la ſerenidad de fuera, qual era, la que iba conſiguiendo por dentro; pues ya entonces eran tales ſus movimientos, y acciones, que movian à devocion â todos ſus connovicios, que le obſervaban: y aunque no tengo mas noticias particulares de los fervores, que el Hermano Juan practicò en ſus dos años de probacion, debemos todos diſcurrir por el eſpecialiſſimo caſo, que ya dirè, que en el Noviciado ſe eſtrechò gravemente con Dios por medio de la oracion, mortificacion de ſentidos, y una total abnegacion de ſi meſmo; pues â no ſer aſſi, no huviera recabado de Dios, que ſiempre dà con peſo, y medida, el ſingulariſſimo beneficio de vivir, y morir en la Compañia: dirè el caſo, que lo prueba.

Pocos meſes deſpues, que el Hermano Juan entrò al Noviciado, comenzò â padecer de un affecto al pecho, que agrabado con otros accidentes, le ſirviò de una continua mortificacion no ſolo al Hermano, ſino tambien â los Superiores: porque juſtamente rezeloſos del infauſto exito, que amenazaba temian verſe compelidos â apartar de ſu compañia, â quien querian tan tiernamente por ſus virtudes. Por eſto puſieron todos los medios, y remedios, que los medicos juzgaron neceſſarios no ſolo para el alivio, ſino tambien para la perfecta curacion; pero indocil la enfermedad â los medicamentos perſeveró con manifieſtas ſeñas de mortal todo el reſtante tiempo de probacion. Dioſele entonces cuenta al P. Provincial de lo que

paſſaba

passaba, quien embiò la orden de que pues no podia cumplir con los pesados ministerios de nuestro instituto, saliesse luego del Noviciado. El P. Rector recibida esta Carta dio cuenta de ella al Maestro de Novicios, para que el dia siguiente pusiesse en practica el orden del P. Provincial; el Maestro, que se hallaba en el empeño de ir â sacrificar un hijo por obediencia, tuvo despues el consuelo de creer contra lo mesmo que miraba; porque llegandose al aposento del Hermano, preguntole primero: como avia passado la noche, y si acaso se le ofrecia algo para el alivio del dia? à que el enfermo respondio, que la noche toda la avia dormido, y que segun la disposicion, en que se hallaba, podia sin fatiga ninguna seguir la Comunidad, y su distribucion en todo con ella: porque ni reliquias sentìa de su molesto accidente. Hermano, mire lo que dice, replicòle el Maestro de Novicios: porque es impossible en tan breve tiempo tan repentina mudanza. Es verdad, que en lo natural es impossible, respondiò el Hermano Juan; pero para con Dios no ay impossibles. La alegria con que del aposento saliò el Maestro de Novicios sabrà ponderarla aquel venturoso P. de las gentes quando perdidas ya las esperanzas en la temprana muerte del hijo veía, que quedaba Dios en un todo satisfecho solo con la amenaza del brazo, sin passar al estrago del golpe. Fuesse con este consuelo al P. Rector, y dando ambos gracias â Dios por el beneficio recibido, avisaron al P. Provincial, quien respondiò, que si la mejoria prosiguiesse, se le diessen luego los votos, como de hecho se le dieron en el Noviciado de Treveris, no con pocas lagrimas, que á sus dos Padres Rector, y Maestro sacaba el jubilo de ver podian cumplirse las esperanzas, que en aquel hijo tenian ya concebidas. Muchas son las reflexas, que podia hacer sobre este especialissimo caso; pero por no alargarme en esta breve noticia de la vida del P. solo dirè, que claro està, que avia de llegar â tomar seguro puerto en el grado de professo, quien desde que se embarcó en la nave de la Religion empezaba à correr con prosperidad, aun en medio de las tormentas â benignos soplos de especialissimas providencias.

Del

Del Colegio de Treveris fue el Hermano Juan señalado (porque ya en el siglo avia estudiado las letras humanas, y Philosofia) al Colegio de Hildesaein à leer Grammatica, y aviendo leído un año Minimos, otro Menores, otro Medianos, y otro Mayores, el quinto leyò Rhetorica, y passò à proseguir leyendola otro año al Colegio de Minster; pero desde que comenzo los prolixos rudimentos de los Minimos, hasta que finalizò los mas graves preceptos de la eloquencia, nunca mudò de estilo en instruir à los niños en los principios de la sabiduria, que no son otros, sino al santo temor de Dios; por esso con platicas continuas, y familiares; pero eficaces exhortaciones consiguiò con ellos devecion à Maria Señora, aplicacion â exercicios de virtud, frequencia de confessiones, y comuniones, logrando todos de esta manera en la enseñanza del Maestro pan, que juntamente era de vida, y entendimiento.

Este conocieron los Superiores, que tenia nuestro Hermano Juan, para proseguir los estudios, y assi, finalizado el sexto año de su lectura, le mandaron passasse al Colegio de Colonia, â comenzar la Theologia, y no se sabe, si en el primer año de ella, ô en los passados fue, quando con repetidas instancias pidiò â N. P. General Miguel Angel Tamburini, de buena memoria, el passar à las Indias: porque al principio del segundo le vino la licencia de nuestro P. con facultad de poderse ordenar luego, que huviera ocasion, como de passo lo hizo en Flandes, en la Ciudad de Bruxelas, quando saliò de Colonia con animo de ir â tomar puerto en Hostende, y porque aqui no hallaba el fervoroso zelo del P. Juan, en que exercitar los ministerios de predicar, y confessar, tomò el trabajo, mientras se hacia tiempo de la Navegacion de volver â Bruxelas, endonde comenzo el Padre â dar algunas muestras de que el Señor en compañia de otros le designaba, â predicar el Evangelio por el Mundo: porque dada la vuelta à Bruxelas, eran continuas las exhortaciones, y platicas, con que procuraba reducir los Soldados de vida mas desastrada, â una verdadera penitencia de sus pecados, consiguiendo, que muchos

de

de ellos hicieſſen confeſſiones generales, adminiſtrandoles deſpues el Euchariſtico Sacramento del Altar con no menos conſuelo ſuyo, que regozijo del Padre, pues conſideraba, que eſte era el mejor eſcudo, que en aquella milicia podia dexar para esfuerzo en la pelea, y ſeguridad en la victoria.

No ſolo ſe eſtrecharon aqui â los alumnos de Marte los fervores del Miſſionero, tambien ſe eſtendian no con poca particularidad à las infames ſequàces de Venus, como quien bien conocia, que por llevar ſus heridas la ventaja de apetecidas, todos quedaban guſtoſos en el meſmo ſer vencidos. Contra eſtas, pues, encaminaba ſus fervoroſas invenciones en los diſcurſos, que predicaba; y ſi de Algunas en particular ſabía, que haciendoſe ſordas â los eſpantoſos gritos de Dios, proſeguian, guſtando de las ſuaves vozes de la liſonja, no deſiſtia del empeño, haſta reducirlas à penitencia, ponderandoles ſiempre, que las armas de la torpeza eran cuchillos de dos filos, que con uno cortaban al Contrario, aun quando mas amigo, y con otro herian las meſmas, que lo manejaban.

El tiempo, que deſpues de eſtos exercicios le ſobraba al Padre (que ſiempre ſobra tiempo para obras piadoſas, à quien tiene charidad) lo gaſtaba en viſitar los Hoſpitales confeſſando à unos, ayudando à otros, y conſolando à todos, haſta que entrada la noche ſe volvia à Caſa con el peſar de que le avia parecido muy breve el dia.

Ocupado, pues, en eſtos miniſterios, le vino orden de que dieſſe la vuelta à Hoſtende, para embarcarſe alli, y paſſar à Cadiz: hizolo con aquella alegria, que experimentan los que ſolo hallan guſto en la Obediencia, y tomado puerto en eſta Ciudad, aunque mudò de theatro, no dejò el exercicio, ni el empleo: porque en el Navio continuò con los Navegantes el P. Juan ſu infatigable predicacion, y haciendo eſcala de los peligros, (que ſon los que mas perſuaden la enmienda,) tomaba por materia, unas veces lo facil, que le era à la Juſticia Divina paſſar, à quien no ſe enmendara, deſde las aguas al fuego; y otras lo obligado, que à todos tenia la miſeri-

cordia, llevandolos seguros al puerto en una tabla. Con estos dos motivos, parte de los passageros amedrentaba, para convertirlos, y parte alentaba, para perficionarlos; y como todos veían, que aquella charidad del Padre no consistia solo en las voces, y en la lengua, sino en la obra, y en la verdad, formaron un gran juicio de su virtud, y mucho mas despues que en esta Navegacion sucedió el caso, que ya dirè.

Una tarde à la hora, que ya presuroso se sepultaba el Sol, comenzaronse à perturbar los vientos, los mares à revolverse, las olas à hincharse, las nubes à amenazar en cada rayo una fatalidad, y à poco espacio de tiempo era ya tal la tormenta, que todos los navegantes juzgaban tener en la Nave el athaud, y en las aguas el sepulchro: clamaban de lo intimo del corazon à Dios por misericordia, y siendo assi, que todos andaban asustados con el miedo, que naturalmente causa el verse el semblante à la muerte, solo el P. Juan, sereno en medio de tal borrasca, les repetia, no sè si con espiritu prophetico: ,, Hermanos, ninguno tema, que esta Na-,, ve ha de llegar segura à salvamento, porque Dios me lle-,, va en ella para las Indias. Gran confianza cobraron con esto los navegantes, y mas quando vieron, que por los ultimos passos de la tormenta iba entrando con favorable pie la bonanza. Verdad es, que no durò esta toda la navegacion, porque en otras dos ocasiones se vieron agitados de los vientos con evidente peligro de la vida; pero siempre el P. Juan les repetia, que ninguno desmayase, porque èl estaba cierto, que aquella Nave lo llevaba para las Indias. El dicho tuvo su mejor prueba en el efecto: pues arribaron todos seguros al desseado puerto de Cadiz.

Llegado que fue à esta Ciudad, se le ordenò al Padre Juan, entre tanto, que se hacia tiempo de embarcarse para Nueva España, pasasse à Sevilla, y los Superiores lo destinaron à vivir en la Casa Professa, que por ser theatro de continuas tareas, y de ministerio verdaderamente Apostolico: sintiò con la dicha asignacion un grande consuelo en su alma

ma, y como nunca pesa, ò à lo menos no se hace pesado, lo que con amor se carga, se le hizo alli muy ligero coger la cargosa ocupacion del Confessonario, tan de assiento, que haciendose reparable à todos, decian: „ Como este Padre „ prosiga en Indias, como ha comenzado en España, mucho „ Operario lograrà su Provincia. Tantas eran las horas, que sin interrupcion en el Confessonario ocupaba, gastando es-te tenor todo el tiempo, que estuvo en aquella fervorosa Ca-sa, de donde diò la vuelta à Cadiz, y aqui se embarcò para Nueva España, No quiero referir lo que en esta Navegacion hizo este fervoroso Missionero, porque no parezca, que re-pito lo que practicò en la que hizo desde Hostende hasta Ca-diz, y assi contentarème solo con apuntar, el que no huvo alguno verdaderamente necessitado, ahora fuesse en el cuer-po, ahora en el alma, que en las diligencias, y charidad del P. Juan dexasse de encontrar el alivio, que su dolencia pe-dia. Al pobre procuraba, que socorriessen otros con sus li-mosnas; al enfermo tenia cuidado se le aplicasse el medica-mento; al desnudo solicitaba alguna ropa con que cubrir-le; los votos, y juramentos, estilo familiar de Soldados, con intrepido, pero santo zelo, los corregia; las palabras me-nos honestas, que ya por continuadas entre esta gente, corren plaza de jocosidades, consiguiò en gran parte, que no se dixessen: à los que conocia, que estaban en alguna ene-mistad, afeaba los efectos del odio, y remando assi no tanto con las aguas del mar, como contra la corriente de vicios, llegò por ultimo à tomar puerto en Vera Cruz, de donde luego passó al Colegio Maximo de San Pedro, y San Pa-blo à estudiar su segundo año de Theologia, que el primero ya diximos avia estudiado en su Patria Colonia.

Comenzò, pues, à estudiar su segundo año el P. Juan; pero tan sin dejar de la mano los penitentes, (que luego tu-vo muchos assi que llegò,) que no se podia distinguir bien, si el Padre era estudiante en la Casa, ù Operario en el Colegio. Luego que por la mañana finalizaba su hora de

Oracion, que ſiempre procuraba tener con toda diligencia en el Señor, ſe bajaba à la Sacriſtia al Confeſſonario, de donde ſolo ſe levantaba à decir ſu Miſſa, y de aqui, muchas veces, ſin tomar el deſayuno, ſe iba para la claſſe à eſcribir ſus Materias; verdad es, que con alguna frequencia, arrebatado del zelo de la Caſa de Dios, que le comia ſus charitativas entrañas, omitia eſta neceſſaria aſſiſtencia, con lo qual entraron en cuidado los Superiores, no fueſſe, que deſſeando el Padre ſalvar á otros, ſu Reverencia no llegaſſe con felicidad à tomar puerto ſeguro en la Compañia, mediante la aplicacion al remo de los Eſtudios, y aſſi fue admonitado, que aunque convenia hacer con moderacion eſtas coſas; pero que en todo caſo no omitieſſe en un punto ſolo el exercicio literario, y diſtribucion de Eſtudiantes. Oyò el P. Juan el charitativo aviſo, y aunque, como verdadero hijo de aquel Padre, que por ayudar â ſus proximos, ſupo exponerſe à peligros de ſu propria ſalvacion, huviera proſeguido en el curſo, que llevaba, pero no lo hizo: porque la obediencia le ſirviò de poderoſa remora à ſus paſſos, y aſſi, corregido, daba ſolo al miniſterio del Confeſſonario el tiempo, que no eſtaba ſeñalado para las claſſes, quartillos, ò aſſiſtencias literarias.

Con eſte tenor de vida finalizò el P. Juan ſus Eſtudios, y examinado de Profeſſion en el quarto año de Theologia, fue ſeñalado al Colegio del Eſpiritu Santo, à tener ſu tercera probacion: aqui ſi, que quitados ya los impedimentos, que en los años antecedentes de ſu vida avia tenido de caminos, eſtudios, y otras ocupaciones preciſſas, tomò tan de aſſiento ſu amado Confeſſonario, que no dudara yo compararlo en eſte moleſtamente ſanto, y ſantamente moleſto exercicio con los Regis, con los Claveres, con los Caputos, porque teſtifican los Padres, que con ſu Reverencia paſſaron la probacion, que quitado el tiempo del comer, rezar, y decir Miſſa, todo el demàs lo gaſtaba en el Confeſſonario, con tan ſanta tenacidad, que para que fueſſe â comer, era neceſſario lo embiaſſe el P. Miniſtro à llamar, y lo miſmo ſucedia

dia

dia de parte de tarde, porque bajado desde las dos al Confessonario, no se levantaba de èl, si dada la Oracion, no le avisasse algunas veces el Hermano Portero, que los Superiores mandaban se cerrasse la puerta. El numero de penitentes, que â su cargo avia cogido, era voz comun, que bastara â tener bastantemente ocupados dos, ò tres aplicados Operarios, y esto se hacia mas laudable, quanto la calidad de sus hijos de confession era la de los mas desvalidos, y mas pobres, à quienes, aunque no les ministraba plata, y oro, por no tenerlo, pero dabales con liberalidad, y amor la salud de la alma, que era lo que podia: por este motivo era extraordinario el concurso, que à su Confessonario se llegaba, y sucediò no pocas veces, que para assegurar los penitentes el poder confessarse con su Reverencia, se venian à esperar mucho antes de las dos de la tarde, el que nuestra Porteria se abriesse. Con esta multitud de penitentes, que confessaba, se hacia necessario, el que fuesse llamado, ya de dia, ya de noche, â confessiones de fuera, y assi llegò â suceder el caso, que en el espacio de dos dias, y una noche, gastasse el P. Juan sobre treinta horas de Confessonario: pues aviendo confessado un dia Sabado, despues de aver dicho Missa, desde las seis de la mañana hasta las doce, y desde las dos de la tarde hasta las seis, fue señalado aquella misma noche poco antes de las doce â confession, y volviendo â Casa à las seis de la mañana, sin mas interrupcion, que decir Missa, prosiguiò confessando hasta las doce del dia, y à la tarde desde las dos hasta ya entrada la noche. Poco menos que esto le aconteciò repetidissimas veces, porque informados los Superiores de quanto era el consuelo, que el Padre sentia en su alma en este santo ministerio, solian conceder piadosos, quando con verdaderas instancias les pedia, lo señalassen todas las noches â Confession. De esta santa inclinacion le nacia al P. Juan el que quando sobre tarde era señalado â este ministerio, si le sobraba algun tiempo, se iba ò à visitar la Carcel, ó los Hospitales, y de aqui al retiro de su aposento à sus exerci-

 cios

cios de rezo, meditacion, y lecion. Desuerte, que del angel del P. Juan se puede propriamente decir, que nunca tuvo descanso la escala de su Religiosa vida; pues era un continuo subir, y bajar ya de Dios à los hombres, ya de los hombres à Dios.

Acabado, pues, de conocer en la tercera probacion el fervoroso zelo del P. Juan, no quisieron los Superiores se sepultasse solo en una Ciudad el talento, que Dios le avia dado, y assi le destinaron otros muchos Lugares, señalandolo para que hiciesse Mission en el Obispado de la Puebla. No se puede facilmente explicar el regocijo, que en esta asignacion recibiò el Padre, porque decia: ,, Que yendose à ins-
,, truir los Pueblos en la Doctrina Christiana, ya miraba prac-
,, ticada la vocacion, que avia tenido de Dios para las Indias: por esso la abrazo con todo su corazon, y en compañia de otros dos Padres saliò con el desseo de predicar à todo genero de criaturas el Evangelio, y assi lo hizo en su fervorosa Mission; pues no solo predicaba à los hombres, que vivian como racionales, sino tambien à aquellos, que por sus indomitos vicios tiraban gajes de brutos, y por su dureza se podian equivocar con las piedras: pero assi de los unos, como de los otros los màs, luego, que le oían trataban de disponer sus conciencias, para labarlas con las saludables aguas de la confession, la que hacian los mas con el mesmo Padre, porque como atestigua un Padre de sus Commissioneros, el P. Juan era, el que cargaba lo mas pesado de la Mission; por esto los Padres Curas, y demàs personas de distincion cobraron del zelo del Padre un altissimo concepto, y mucho mas, quando vieron, y supieron lo que en la Hacienda del Doctor Don Juan Pablo Goenaga aconteció al Padre predicando: lo referirè aqui con las mesmas palabras, que me lo ha informado, como testigo de vista un Padre de los que le acompañaron en las Missiones. Predicaba, dice, el P. Juan con tanto desseo de la salvacion de las almas, que ó ya fuesse porque Dios mirando la sangre del innocente se apiadase del culpado, ò ya fues-

se por abiandar â costa de su sangre aquellos corazones, que se suelen encontrar mas duros, que los diamantes; en una ocasion sacó en el Pulpito una cruelissima Disciplina, y se empezó à azotar tan rigoroso, que viendo el dicho Dr. D. Juan Pablo Goenaga el destrozo, que hacia en su Cuerpo, se bajó de un Coro, ô Tribuna en donde le oía con summo gusto, y con no poca dificultad le quitó de las manos el instrumento de su martyrio, diciendole, que si proseguia de aquella suerte, pararia en su Hacienda la comenzada Mission. Con esta sola amenaza, (que solo ella pudo ser bastante à comprimir sus fervores) mudó luego el P. Juan de dictamen, y suplia en el secreto de la noche, como si por ventura hiciera mal la penitencia, que no podia exercitar en el dia, pues â no pocos de los que se confessaban con su Reverencia, por tenerlos ya, ò sus vicios, ò sus años impossibilitados â la necessaria satisfacion de sus culpas, dandoles una ligera penitencia les decia, que el haria la demàs, que por sus pecados les avia de imponer. Tanto era el desseo, que en todas lineas tenia el P. Juan de ayudar â todos.

Por esso assi en esta Mission, como en otras dos, â que saliò, certifican testigos de vista, que el Padre era, el que no solo â sus Commissioneros, sino tambien à los Señores Curas, y Vicarios se les ofrecia, y recababa con ellos, porque deveras se les ofrecia el decir la Missa â las doze, y à la una los dias, que por alguna solemnidad era necessario esperar los concursos de las Villas, y en los Pueblos. Por esso luego que en estos llamaban â alguna confession, aunque fuesse acabado de llegar de camino, y fatigado de la mission antecedente, con santa porfia les persuadia â todos, que èl era, el que avia de ser señalado. Por esso quando en algun parage se encontraba poca gente, que confessar, exhortaba à sus compañeros, descansassen aquel dia, porque el solo bastaba à despachar los que se hallaban presentes. Por esso el dia que no se seguia â predicar, ô explicar la doctrina Christiana, se combidaba, para hacerlo, y no se le podia hacer mayor gusto, que aceptar su charitativa

tativa oferta. Por esso en las possadas, y en los Curatos solicitaba, que fuesse su habitacion el lugar de menos commodidad, y siempre cogia aquella cavalgadura, para los caminos, que le parecia la peòr. Y en fin por esso se supo siempre negar â todo lo que era propria comodidad, â ferias de que resultasse qualquier alivio no solo en los de Casa, sino tambien en los de fuera, prenda, en que se señalò tanto el P. Juan, que era menester negarse à la luz del dia, y tener muy cerrados los ojos, para no verla, como despues constarà, quando haga especial mencion de la charidad, que el P. Juan exercitò en este Colegio de San Gregorio à donde fue señalado de los Superiores immediatamente, que finalizó su Mission en el Obispado de la Puebla.

Y para proceder con alguna claridad en el orden de las virtudes, que todos le vimos practicar en este Colegio, primero hablarè de lo que siempre es primero entre todas las virtudes, digo la charidad para con Dios, y con el proximo. Despues de summa pobreza, y por corona de esta Carta pondrè las dos hermosissimas flores de su castidad, y obediencia. Viviendo, pues, al particular del amor, y charidad, que el Padre tuvo siempre à su Dios, y Señor, era necessario referir no solo las laboriosas tareas, que ya llevo insinuadas, no solo las que me restan, que decir; sino tambien otras muchas fervorosas acciones, que no permite la brevedad de una Carta, pues todas ellas las hacia el P. Juan sin otro motivo, que por servir, y amar â Dios. Quando se vido en el Padre vanidad, que le alentara? nunca. Quando se le conocio desseo de ser aplaudido? jamàs. Quando gustó de humo vano de rozarse con personas de lustre? en ningun tiempo, pues siempre puso especialissimo estudio, en que su comercio fuesse con los desvalidos Indios, y con los pobres mas despreciados: por Dios trabajaba, por Dios se mortificaba, por Dios comia, y tambien puedo decir, que dejaba de comer por Dios. Tierno es el caso que lo declara, y son fidedignos testigos de èl todos los Padres, que comian con su Reverencia à la mesa. Luego, que en

ella

ella le ponian el caldo, comenzaba â dudar, si lo tomaria, ó no, y resolviendo no pocas vezes la duda contra los argumentos, que su necessidad le alegaba, apartaba à un lado la taza, y se entretenia con algunos pedacillos de pan, mientras llegaba el ante; instabale entonces la hambre, pero como mas le instaba la que conocia en sus pobres, veìa, si tenia algunos huessos el plato, y raspando estos, junto con los que despues apartaba de la porcion, dexando al un lado la carne, de aquellas raspaduras con algun poco del caldo formaba su mantenimiento, guardando assi su comida, para darsela à sus pobres por Dios. Lo mismo hacia aun en aquellos dias, que suele por alguna celebridad la Religion dar en el Refectorio â sus hijos algunas viandas particulares, esta, decia, serà para el Indio fulano; esta para la India fulana; distribuyendo assì, no solo su comida, sino tambien la que de limosna solicitaba entre los demàs Padres, rogando, que se la diessen por el amor de Dios, motivo, que le alentó siempre à emprender algunas dificultades, que le costaron al Padre no pocos sonrosèos, y trabajos; pues mirando solo la mayor gloria de Dios, â costa de no pocas verguenzas juntò de limosnas los gastos para meter Religiosa â una India en el Convento de Corpus Christi, y dexó ya prevenidos los mismos gastos, para que entrasse otra en el proprio Convento, y ya se dexa conocer, que quien assi solicitaba el que Dios fuesse alabado, què no haria, porque no fuesse offendido! O Dios! Quando pudiera yo numerar los Indios, è Indias, à quienes el Padre quitò aquella embriaguez, en quien sin mucho hyperbole se puede decir, que està esta nacion concebida; pues no son numerables los adulterios, y demàs especies de luxuria, que à esta causa se cometen. Quando podrè referir las Indias â quienes sacò de la torpe esclavitud del Demonio, y las puso, y mantuvo en la amada libertad de hijas de Dios. Y quando podrè declarar el zelo con que el Padre Juan en los Pueblos, y Barrios circunvecinos â esta Corte de Mexico procuró con sus continuos fervorosos Sermones extirpar los vicios, plantar las virtudes, y alentar la

devo-

devocion. Confiesso ingenuamente, que si huviera de referir por menudo las diligencias, que el Padre, movido del amor para con Dios, puso en este particular, era necessario sacar un largo volumen de su vida, que sacrificada en un todo à Dios, la consumio fervoroso en aras ardientes de una perfecta charidad.

Extraordinaria fue, la que le vimos practicar en este Colegio con los Indios, y digo, que fue extraordinaria: porque no es muy facil hallar quien por aliviarlos, y darles passto espiritual aya puesto en execucion lo que sabiamos, y veíamos en el Padre: sabiamos, que quando salia à confessiones, si de ellas se desembarazaba temprano, y de alli no le llevaban à otras (como era frequente) sacaba una campanilla, que para este efecto siempre traía consigo, y tocandola por los Barrios, ò por los Pueblos, juntaba concurso de Indios, y se les ponia muy de espacio unas vezes â predicar Sermones, (que siempre passaban de hora,) otras vezes à explicarles la doctrina Christiana. Sabiamos, que quando en este ministerio no empleaba el tiempo, que de la confession le sobraba, era, ó porque se iba à ayudar à algunos moribundos, ò porque se divertia en ir à reconciliar á algunos enfermos de los que por habituales achaques adolecian en las camas. Sabiamos, que en las Quaresmas fuera de los Sermones, que le cabian de Casa, y de la Plaza, entablaba sus tandas ò en la Carcel de Santiago Tlatilulco, ó en Santo Thomas Atenco, ò en algun otro parage, que le parecia, en aquel año, mas oportuno. Sabiamos, que con los Gobernadores, y Alcaldes de los Pueblos componia la libertad de los pressos, que en las carceles por dependencias se detenian, y el alivio de las mugeres de estos, mientras les faltaban sus maridos. Todo esto, y mucho mas sabiamos, pero es verdad, que mucho mas, que esto era lo que veíamos. Veìamos, que en Casa los dias, que no eran de concurso, se bajaba despues de decir Missa al Confessonario, y no le faltaban Indios, ê Indias hasta las diez, y hasta las onze, y no pocas vezes hasta las doze del dia, dexando citadas

das algunas para la tarde. Veìamos, què los Domingos, y dias de Festividades, que es quando siempre ha venido, y viene el concurso de las Indias â esta Iglesia, decia Missa en tiempo de Oracion, y quando se abrian las puertas, ya el Padre las esperaba en el Confessonario, de donde no se levantaba muchas vezes hasta la una, como le sucedió el dia, que se sintió herido de esta ultima enfermedad, que por no interrumpir su santo exercicio, passò desmayos, sentado en el Confessonario. Veìamos, que siendo el Padre el que mas salia à las confessiones de fuera, no solo de dia, sino tambien â las que suelen llamar de noche, jamàs ponderò sus trabajos, ni exagerò sus ministerios, antes si, quando â alguno de sus Compañeros se le hacia cargosa alguna ocupacion, luego se le ofrecia, alegando, que el tenia tiempo, para hacerla con descanso. Veìamos, lo que apenas se puede referir sin lagrimas: una tarde, que porque en la Plazuela de nuestro Colegio esperaba al Padre un gran concurso de Indios, para oìrle predicar, viniendo â las tres, y media de una confession, adonde avia sido señalado, sin esperar â entrar al Colegio, para coger el bonete, y mantèo, arrimò à un lado el caballo, hizo Pulpito de una mesa, y con sombrero, capa, botas, y espuelas, en la calle predicó por casi dos horas, de que quedó el auditorio, y los que desde las ventanas le miraban, no menos confundidos, que edificados.

Lo cierto es, que de este gran zelo, y extraordinaria charidad para con los Indios, no solo à nosotros, sino tambien à todo Mexico dexò el P. Juan muchos, y heroicos testimonios; porque toda esta Corte sabìa, que en el alivio de estos miserables jamàs el Padre omittió diligencia alguna; aunque fuesse à costa de su propria comodidad, y desprecio. Pero què mucho, que huviera formado este juicio, quando le veìa por las calles dar estos, y otros no menores exemplos de su charitativo amor, y santo desprecio de su persona. Irrefragable es el testimonio, que nos lo assegura. Vino una tarde â llamar à una confession para los Barrios de la Alameda un pe-

queño

queño Indizuelo. Fue luego ſeñalado à ella el P. Juan, quien al baxar por la Porteria, topó otra confeſſion para Xamaica, perſuadioſe el Padre, que aquella era la confeſſion adonde lo ſeñalaban, y aſſi ſe fue con el ſegundo Indio, que avia venido: el primero, que veía eſto, fueſſe en ſeguimiento del Padre haſta llegar à Xamaica, endonde deſpues de acabada la confeſſion, dixole, que èl era el que primero avia llegado à la Porteria de San Gregorio à llamarle para un Barrio de la Alameda. Pues hijo no te apures, reſpondióle entonces el Padre, que Dios darà tiempo para todo, y aſsi ve por delante, que yo irè en tu ſeguimiento: Cogió el camino el muchacho; pero à pocas quadras, con razon, ya no podia dar paſſo, de canſado; conocioſelo el bendito P. Juan, y apeandoſe del caballo, ſubió el Indizuelo en la ſilla, puſoſe el Padre àzia la anca, y de eſta ſuerte atraveſaron por Mexico, haſta llegar à los Barrios de la Alameda, endonde hizo ſu confeſſion, y diò la vuelta para Caſa. Los actos de virtud, que ſola eſta accion encierra, no es tan facil ponderarlos, y mucho mas dificil es el imitarlos; porque ſolo tienen valor para hacerlos aquellos pechos en quienes, como en el del P. Juan, es la charidad paciente, benigna, ſin hinchazones de ſoberbia, ſin ambiciones de gloria vana, ſin deſſeos de proprias comodidades, ſin demoſtraciones de ira, y por ultimo, que todo lo ſufre, que todo lo cree, que todo lo eſpera, que todo, como el Apoſtol, lo tolera.

Por eſſo ſiempre vimos en el Padre una ſumma tolerancia en las adverſidades, que padeciò, no pocas, y de mucho momento: nacidas las mas de las ocaſiones, en que ſus amados Indios, ê Indias lo ponian; pero haciendoſe cuenta, que aquel era el camino, por donde muchos de nueſtros Varones Iluſtres avian corrido, ſolia decir: eſta perſecucion paſſarà, y el fruto, que por ahora ſe hace, nunca le podrèmos perder, y aſſi bien puede el Infierno conjurarſe contra mi, y el demonio ſembrar ſu acoſtumbrada zizaña, que yo no he de volver el pie atràs de mi comenzado camino: dexandonos de ſu conſtancia à todos repetidiſſimos exemplos.

Ni fueron menos los que procuró darnos en otras muchas virtudes, y con eſpecialidad en aquella, que nueſtra Religion ha pueſto todo ſu muro, y defenſa, que es la pobreza: porque ſiempre ſe eſmerò en radicar en ſu corazon un deſpego à todas las coſas de eſta vida, y llegò à conſeguirlo de tal manera, que aun ſe contentaba con menos de lo que le era muy neceſſario, y quando le era preciſſo pedir à los Superiores alguna camiſa, ô ropa interior, era porque ya quien la lavaba, le decia, que ſu ropa ni aun para remiendos ſervía, añadiendoſe à eſto el ſer tan poca, y tan eſcaſa, que aviendo pedido en una ocaſion al principio del mes una camiſa, y unos calzones blancos, y diciendole el Superior, que embiaſſe lo viejo, reſpondiò con ſanta llaneza: „ que le traxeſſen primero „ lo que le avian de dar, para poder quitarſe del Cuerpo lo „ viejo, que avia de remitir. Las Alhajas de ſu apoſento ſe reducian á pocos libros de los mas neceſſarios para ſu miniſterio de predicar, y confeſſar, y à pocas eſtampas, que la mayor no paſſaba de una tercia. Si por rariſſima contingencia le traían al Padre algunos viſcochos, ô huevos, que es el mayor regalo, con que eſtos naturales ſuelen obſequiar à ſus Padres de confeſſion las viſperas de ſus Santos, ô las Paſquas de Navidad, luego ſe deshacia repartiendolos, unos entre los Padres, y los otros entre ſus pobres mas neceſſitados, quedandoſe, como le ſucedió muchas vezes, ſin un mendrugo de pan con que deſayunarſe: lo que hacia en algunas ocaſiones con un poco de attole: porque parte de ſu chocolate del mes lo embiaba con licencia de los Superiores à quien ſu Reverencia conocia, que por falta de deſayuno pudiera ofender à Dios, de que tenemos teſtimonio digno de toda fè en una India, que en el acto Sacramental de la confeſsion, deſpues de muerto el Padre, confeſſandoſe con otro Padre de eſte Colegio, llena de lagrimas, y ſollozos explicó ſus ſentimientos por eſtas palabras: Que harè yo ahora Padre, ſin el P. Juan? el me sacó de las culpas en que muchos años avia vivido enredada, y porque yo le dixe à ſu Reverencia, que mi neceſ-

 ſidad

ſidad me tenia en aquel eſtado, ſe hizo cargo de mantenerme, como me ha eſtado manteniendo, ſolo porque no ofendiera à Dios, y porque frequentara los Santos Sacramentos. De eſte genero de neceſſitadas tenia otras muchas el P. Juan, à quienes todos ſabiamos, que eſtaba manteniendo con las cortas limoſnas, que mendigaba diligente ſu charidad, ſin ſer arbitro jamàs para poderſe aplicar à sí lo que importa un medio real, que por eſſo no fue poſſible cõſeguir con el Padre, el que mandaſſe echar un remiendo à la capa, con que andaba por la Ciudad, eſtando eſta ya tal, que ſe avia reducido à un ſolo pedazo, porque de la continuacion de andar à caballo, toda la falda poſterior, que cae ſobre la ſilla, ſe la tenia cercenada el movimiento, y demolida toda, la que venia à eſtar ſobre los ombros, y de eſta meſma condicion era el ſombrero, que traía, pues porque la falda anterior no le tapaſſe la viſta, con una hebra de pita, ó hilo la traía pendiente de la copa. Por eſſo un Padre de ſus Commiſſioneros, haciendo algunos apuntes de las virtudes, que en el Padre avia obſervado, dice en uno de ellos de eſta manera: „ Su „ pobreza hablaba por tantas bocas, quantas ſu ropa ordina- „ riamente tenia, y aſſi con ſu capote, y ſombrero hecho pe- „ dazos, ſiempre, que hallaba ocaſion ſe ponia à predicar. Y yo ſin mucha ponderacion dixera, que ſiempre, que con ſu capote, y ſombrero ſalia el P. Juan por la calle, iba à todos predicando, no ſolo abnegacion de sì miſmo; ſino deſprecio del mundo, ſus pompas, y vanidades, como muchos Religioſos, muchos Eccleſiaſticos, y muchos mas Cavalleros, y perſonas de diſtincion continuamente lo advertian, y nos lo decian, quando ſe ofrecia la converſacion de los Apoſtolicos miniſterios, y glorioſos trabajos del P. Juan.

Quien, aunque ſe ſeñalò tanto en la pobreza, para defender como con un muro inexpugnable todo el reſto de ſus virtudes, y Religion; no fue menos lo que ſe eſmeró en la vigilancia de ſu ſegundo voto de caſtidad, y limpieza en el cuerpo, y en la mente, ſiempre procurando imitar la puridad Angelica. Para eſte fin parece, que avia hecho pacto con ſus ojos

de

de no mirar fixamente à la cara, muger, que pudiera perturbarle la ſerenidad de ſu Alma, y quando por razon de ſu miniſterio le era preciſſo hablar en la Igleſia con algunas, ſiempre las deſpachaba con la mayor brevedad, que podia, pueſtos en el ſuelo los ojos. Para eſte fin huyó ſiempre de aquellas viſitas, y concurrencias, que mas pueden ſer de ruina, que de diverſion al animo. Para eſte fin puſo perpetuo entredicho à todo genero de viſitas, eſtrechezes, y comunicaciones con Señoras, que no fueſſen de conocida honra, y virtud, à quienes ſi una, ù otra vez viſitaba en todo un año, ſolo era, para poner en ſus caſas algunas pobres Indizuelas, ò paraque le ſocorrieſſen algunas neceſsidades. Y por ultimo para eſte fin mortificaba ſu cuerpo con aſperas penitencias, porque, ò muy pocos, ó ningunos dias dexò de armarſe con las puntas de un aſpero cilicio, como ſe conoció por las ſeñales, que en el cuerpo tenia impreſſas, quando à cauſa de una enfermedad, fue preciſſo ſe le aplicaran algunos medicamentos, y muy rara era tambien la noche, que no tomaba ſu diſciplina, que ſin duda para eſto tenia tantas, y de tan diverſa forma, como hallamos deſpues de ſu muerte en varias partes de ſu Apoſento, donde à mas de caſtigar ſu cuerpo, y ſugetarlo à la ſervidumbre del eſpiritu, procuraba prevenir las tentaciones de la carne con el eficaz remedio, de que ſiempre el demonio lo hallara ocupado, ya en exercicios eſpirituales, y devociones, que nunca dexó por ocupacion alguna; pues aunque todo el dia huvieſſe eſtado ocupado con los proximos: jamàs ſe acoſtó à la noche ſin aver rezado la Pijſſima, y dos Roſarios à Nueſtra Señora, de quien fue toda la vida tierniſſimo devoto, ya en el trabajo de traducir del Idioma Caſtellano al Mexicano muchos provechoſos libros, como fueron el Aprecio de la divina gracia, y la diferencia entre lo temporal y eterno del P. Juan Euſebio Nieremberg, los Exercicios de Nueſtro P. S. IGNACIO, las Verdades eternas del P. Carlos Roſignolli, las Platicas del P. Juan Martinez de la Parra, y otros varios Sermones ſueltos, que oy pudieran ſervir de mucho, ſi

huviera ſido el Padre tan claro en la pluma, como fue expedito en la lengua, cuya pericia, no sè à que atribuirla mas, ſi al grande zelo, que tuvo el P. Juan de ayudar á los Indios, ó al ſummo empeño, con que cogia los mandatos de la obediencia.

Luego, que eſta intimò al Padre, que ſe aplicaſſe al Idioma Mexicano, puſo todos los medios conducentes, para ſalir con el empeño, como de hecho ſe ſalió con èl, y con todos aquellos, â que la obediencia lo deſtinaba. Señalòlo à las Miſſiones en el Obiſpado de la Puebla, y ya vimos con quanto eſmero, zelo, y aplicacion exercitò eſte Apoſtolico miniſterio, obedeciendo en èl no ſolo à Dios, y à los Superiores, no ſolo â ſus Commiſſioneros, â cuyos pareceres prompto, y guſtoſo ſe ſujetaba, ſino tambien à las inſinuaciones de los Señores Curas en orden al methodo, con que debian los Indios tratarſe. Señalólo deſpues à Operario de eſte Colegio, y ya hemos dicho la puntualidad en el cumplimiento del exercicio, à que eſtaba aſignado; y como ſiempre tenia preſente, que era muy bajo aquel grado de obediencia, que conſiſte en la execucion de lo que es mandado, y que no merece el nombre, por no llegar al valor de eſta virtud, ſi no ſube al ſegundo de hacer ſuya la voluntad del Superior, procuraba, para obedecer aſſi, buſcar razones de congruencia en apoyo de lo que el Superior diſponia: pues ſi la hora era incomoda, quando lo ſeñalaban à confeſſion, decia: que era charidad el no ſeñalar à otro, à quien pudiera hacer daño, eſtando èl tan robuſto, que no corria eſſe peligro. Si el Superior le encomendaba algunos Sermones, como ſe le encomendaron muchos, con poquiſſimo tiempo, decia: que aviendo èl venido para eſte miniſterio, no hacia mas en predicarlos, ſino cumplir con ſu obligacion, y que por eſto no ſe le debian dar las gracias, que baſtantemente ſe lo pagaba la Religion, con darle un vocado, que comer, y un apoſento en que vivir. Si del Confeſſonario lo levantaba la obediencia, para que ſalieſſe fuera à otras confeſ-

fessiones, aunque estas fueran distantes una, ò dos leguas, se persuadia, â que el intento del Superior era aliviarle el trabajo del Confessonario. O quantas veces le oìamos al Padre repetir esto mismo! En verdad, que serian otras tantas, quantas fueron las ocasiones, que se ofrecieron: porque en tanta multitud de confessiones, à que el Padre salia; pues llegaron, el año que menos, à mas de setecientas, jamàs vimos, ni supimos, que fuesse con repugnancia, ni que en el camino con los Indios, que le guiaban, ni en las casas con los enfermos, diesse la menor señal de impaciencia, ò desabrimiento, antes si, con los muchos agasajos, (que â estos Naturales les sirve de grande atractivo, para venirse à confessar) que el Padre les hacia, los captivaba de tal manera, que à costa de no pocas incomodidades, venian à buscar al Padre, para ser sus hijos espirituales: medio, con que consiguiò aver engendrado tantos en Jesu-Christo, que ya comunmente le llamaban en esta Corte, y en sus Barrios, y Pueblos circumvecinos, el Padre de los Indios; y bien pudieran llamarle el Pastor, y el buen Pastor, quando à juicio de todos diò la vida por ellos: pues à màs de conocer todos, que su temprana muerte se originó del summo trabajo, que el Padre mantuvo en administrarles los Sacramentos, lo testificaron assi en esta ultima enfermedad los Medicos.

Este fue el modo con que suave, y amorosamente obedeciò toda su vida el Padre Juan, no solo à los mandatos expressos de los Superiores, sino tambien à las insinuaciones mas leves: mas què mucho se acreditasse tan Jesuita, señalandose en esta virtud, quando no solo creìa con modo semejante, al que se suele tener en cosas de fé, què todo lo què el Superior le ordenaba, era ordenanza de Dios, y de su santissima voluntad; sino tambien quando se disponia, para què ni aspera, ni dificil le fuesse esta virtud de la obediencia con una imperturbable mansedumbre, acompañada de una profunda humildad. Y aunque casi en todos los casos, que dexo referidos de su vida, se dexa ver esta virtud con alguna perti-

particularidad; no puedo menos, que reflexionar ſobre aquellos, con que igualmente nos confundia, que nos edificaba: porque à quien no edifica, y confunde vèr al P. Juan entre las mas humildes chozas, y aſquerosas cabañas de los miſerables Indios, deſpues de aver dexado en Colonia los Palacios, que por ſer de ſus Iluſtres Padres, Senadores de aquella República, ſe parecian à los del Sol en la luz, y en la ãntiguedad? A quien no edifica, y confunde vèr, que en todo el tiempo, que el P. Juan eſtuvo en las Indias, jamàs deſplegó los labios, no ſolo para decir, pero ni aun para inſinuar el eſplendor, y nobleza de ſu familia, ſiendo inclinacion eſta tan connatural al hombre, que aun la ponderan, los que no la tienen? A quien no confunde, y edifica vèr con un pedazo de capa, que no era otra coſa ſu capote, y en un deſpreciable caballo al P. Juan, no ſolo por los Barrios, ſino tambien por el corazon de la Corte, viſitando à los mas abatidos, pobrecitos Indios, unas vezes llamado de ellos, y las mas conducido de ſu charidad? Y por ultimo, à quien no confunde, y edifica vèr, que quando movidos todos de ſus Apoſtolicos trabajos, ſe difundian en ſus alabanzas, era ſu comun reſpueſta: que en la Caſa de Dios, aun los que hacian lo que debian, eran Siervos inutiles, quanto mas el que ni lo que podia, ni lo que debia trabajaba: penſamiento, que le ſirviò ſiempre de laſtre, no ſolo para no elevarſe ſobre los otros, ſino tambien para abatirſe à todos los demàs Padres, que en el miniſterio le acompañaban; y eſto con humildad tan verdadera, que ſe corria notablemente, quando alguno de los de Caſa hacia con ſu Reverencia aquel acatamiento, que le tenian recomendado ſus tareas, y ſus virtudes, y con particularidad eſta de que vamos hablando: pues al paſſo, que Dios abate à los que ſolo pienſan en ſer exaltados, al P. Juan exaltaba, porque ſolo queria ſer abatido. Abatiaſe el Padre, tratando con los mas pequeños, y exaltabalo Dios en el juicio, y concepto de los Superiores, que bien lo prueba una honorifica carta, que por no ſer prolixo, no la traſumpto aqui,

de

de N. P. General Francisco Retz, en que le dà las gracias de lo mucho, que con los Indios trabajaba. Abatiase el Padre à exercitar sus ministerios en los arrabales mas inmundos, y exaltabalo Dios, vozeandolo todos en la Ciudad, como â Santo, assi sabiamos, que lo decian, y aun oy no pocas vezes al ver à los Padres de este Colegio ocupados con infatigable teson en las mesmas correrías Apostolicas suele prorrumpir la gente en estas palabras: O que lastima fue, que tan temprano muriesse aquel Santo Padre de San Gregorio! Abatiasse el Padre apocando, y disminuyendo lo mucho, que à mayor honra, y gloria de Dios trabajaba, y exaltabalo Dios, sacando à luz los frutos, y conversiones, que hacia, para que todos los veneraran. De esto es calificada prueba el accidente ultimo, que lo conduxo á la muerte: pues por ocultar el Padre no solo el trabajo, sino aun la fatiga, con que trabajaba, disimulò por algunos dias la enfermedad, que se le fue agravando, hasta llegar á passar en el confessonario dos prolongados desmayos, y prosiguiera con este silencio su espiritu fervoroso, si al siguiente dia no le huvieran faltado en un todo las fuerzas, para poder levantarse de la cama, à cuya causa fue luego llamado el Medico de Casa, que acompañado con otro de los mas peritos de esta Corte hicieron juicio, que consistía el accidente en unas rehumas desprendidas de la Cabeza, y no digeridas en el pecho: para esto se le aplicaron luego los medicamentos, que se juzgaron mas oportunos; pero nunca fue possible conseguir el que las depusiera, y assi divertida parte de ellas à un costado, se encendió el Padre en una continua maliciosa fiebre, que puso luego á los Medicos en cuidado, y tanto, que al segundo dia mandaron, que se le administrasse el sagrado Viatico, como se executó con assistencia de la Comunidad, y con singular quietud, regozijo, y consuelo del Padre, quien al quarto dia volvió à pedir le diessen la communion, y lo huviera hecho todos los dias, si el accidente al pecho no lo impidiera. Los otros tres dias restantes de los ocho, que le duró la enfermedad, los passò el Pa-

dre Juan con aquella ſerenidad de conciencia, que avia vivido, y ocupado en fervoroſos actos de conformidad con la voluntad de Dios, el dia Viernes Santo entre tres, y quatro de la mañana, deſpues de recibida la Extrema-uncion, y dicha la recomendacion de la Alma, puſo la ſuya en las manos del Sr. de quien miſericordioſamente eſperamos, que por aver peleado el Padre tanto contra los vicios, por aver ſido la carrera de ſu vida tan fervoroſa, y por aver guardado no ſolo en sí, ſino en muchos de eſtos naturales la fé, le avrá puesto ya ſu Mageſtad la Corona de la Gloria.

Haſta aqui la vida del Padre, y haſta aqui ſu muerte; pero muerte, que aunque lo llevó al Sepulchro, no lo conduxo à la tierra del olvido, porque ſi es verdad, que la vida de los muertos eſtà pueſta en la memoria de los vivos, aun vive, y vivirà no ſolo en nueſtro recuerdo, ſino por muchos anos en el filial agradecimiento de tantos como dexò hijos eſpirituales. Eſtos, luego que ſupieron el fallecimiento del Padre, porque venian cuidadoſos todas las mañanas à ſaber de ſu ſalud, dieron noticia, porque las campanas à cauſa de lo ſagrado del dia no pudieron darla, à los naturales circunvezinos, quienes venian no menos preſuroſos, que lloroſos à venerar, y beſar aquellas manos, y aquellos pies, que ſiempre avian viſto ocupados en ſolo dar paſſos, para ſu alivio, y en ſolo executar obras para ſu deſcanſo. Muchos eran los que venian, y todos eran los que lloraban: por eſſo, para ſatisfacer á ſu devocion ſe diſpuſo, que una Capilla de Nueſtra Igleſia depoſitaſſe el Cuerpo, y que cerradas las puertas, que ſon de balauſtres, pudieſſen verlo, ſinque lo ardiente de ſu amor ſe adelantaſſe à otros exceſſos, y el gran concepto, que tenian formado, ſe excedieſſe à otras veneraciones. Por eſte meſmo motivo, entre otros, ſe determinó el entierro del Padre aquella meſma tarde del Viernes, y ſiendo aſsi, que eſta es la tarde, en que los Naturales de Mexico eſtán mas divertidos con la celebre Proceſsion del Santo Entierro, ſe llenó nueſtra Igleſia, y Cementerio de innumerables Indios, que venian

nian â aſſiſtir al entierro de aquel, â quien yo no puedo llamar Santo; pero ellos ſi lo clamaban con mas ſuſpiros, que vozes, y con mas lagrimas, que palabras. Aſsi permanecieron todo el tiempo, que durò el funeral del Padre, y aſsi han proſeguido muchos rodeados de ſu Sepulchro, y muchos mas en los confeſſonarios, endonde no acaban de ponderar el amor, que al Padre tenian, y en verdad, que no ſe reducia eſte â ſolo ponderaciones, ſino que paſsò tambien por el Cryſol de las obras, que es endonde deſcubre ſus quilates el affecto: porque luego la ſemana ſiguiente â la muerte del Padre diſpuſieron hacerle honras ſepulchrales, como de hecho las hicieron en nueſtra Igleſia, cantandole Miſſa, â que precediò una ſolemniſsima Vigilia, donde no cauſaba menos harmonia, que edificacion el continuado llanto de tantos hijos, ê hijas, que lloraban à ſu difunto P. Juan, de quien, aunque por el conjunto de ſus Religioſas virtudes, y Apoſtolico zelo me perſuado, que â la hora preſente tiene recibida la prometida corona de la gloria: no obſtante, por cumplir con la obligacion de mi officio, ruego â V. R. le mande hacer los ſuffragios, que nueſtra Madre la Compañia acoſtumbra por ſus hijos, no olvidandome â mi en ſus ſantos ſacrificios. Mexico, y Abril 30. de 1736.

JHS.

Muy Siervo de V. R.

Juan Antonio Balthaſar.

14295
Wagner
Nov 192
BA737
B197C